

Muy muy lejos

La luz de la resplandeciente y nítida media luna atraviesa los anchos barrotes de la diminuta ventana, situada en lo alto de uno de los muros de la celda. La humedad sobrecarga el ambiente. La piedra del interior del habitáculo está resbaladiza. No es el mejor lugar para disfrutar de una fresca noche de verano.

La mazmorra está excavada en los subterráneos. Su construcción es tosca y hostil. Resulta complicado discernir dónde termina una pared y dónde comienza la siguiente. Sin los cilindros de acero no se distinguiría demasiado de una cueva. El suelo, por lo menos, es plano, a excepción de algunos salientes de roca demasiado complicados de cortar que permanecen presentes con cortesía para recordar que la vida en prisión no es, ni mucho menos, cómoda.

La salida es un amasijo de barrotes situado al otro lado del pequeño ventanal. Están incrustados desde el suelo hasta el techo y conforman prácticamente el ancho de una de las paredes. En su interior está forjada una puerta estrecha. Para abrirla hay que desbloquear una cerradura del tamaño de un puño. Al otro lado de ésta, un largo pasillo edificado de igual manera conecta con un último portón fabricado con madera oscura y partes de metal.

El silencio y la oscuridad crean una densa atmósfera que poco a poco se hunde en depresión. El aire fresco acaricia la piel con suavidad se clava ahora como millones de diminutas cuchillas. La silueta de una rata se dibuja en el interior de la luna por un instante. Desde arriba, olisquea el interior y afina su visión. No sabe si entrar o no. La amplia habitación parece vacía pero de repente un escalofrío le atraviesa de arriba abajo. Su instinto le advierte de un gran peligro. Sin saber de dónde, se siente acariciada por la mirada de un depredador, oculto en la penumbra, arropado entre sombras. Tras pensárselo de nuevo, la rata da media vuelta y desaparece.

La tranquilidad es interrumpida por el sonido del metal de la puerta principal. La cerradura se abre. Un fuerte chirrido acompaña a las bisagras mientras se mueven hasta que la madera choca contra el muro. Dos fuertes soldados arrastran por los hombros a un joven. Están hartos de soportarle. Parece que han pasado años desde que empezó a hablar. De hecho, no saben cuánto tiempo lleva así ni cuándo parará. Lo hace tan rápido que no están seguros de si realmente se detiene cada cierto tiempo para respirar.

Sus vestiduras son de cuero y fino hilo de lino. Los colores claros están sorprendentemente limpios. Su estilo es elegante y a la vez atrevido. Su altura sería aproximadamente de un metro setenta si no estuviera siendo remolcado. Tal vez un poco más. Es delgado y de piel bronceada. Pelo corto y ondulado de color castaño claro y ojos verdes oscuros concluyen los rasgos de un varón realmente atractivo.

- ¿De verdad vais a encerrarme en un sitio como éste? Después de todo lo que hemos pasado juntos: la sala principal del barracón, la espera hasta que os dijeron que podía ser recluido, la complicidad de nuestras miradas al vaciar los bolsillos, el largo camino hasta los calabozos, las difíciles escaleras de bajada, la entretenida conversación al otro lado de la puerta mientras que encontrabais la llave correcta... No me puedo creer que no estéis teniendo en cuenta todo este torrente de emociones. Un momento. ¿Esta va a ser mi...? Oh, por favor. Estáis bromeando, ¿verdad? ¿Dónde está la cama de matrimonio que me prometieron? Esto es un error, sin duda alguna. - El trío se detiene por fin frente a los barrotes de la celda. Uno de

los guardias introduce la llave y le empuja con fuerza - No recuerdo haber contratado senderismo subterráneo cuando planifiqué esto con el mercader de la esquina. ¡Eh! Pero no pasa nada. Un fallo de tal magnitud lo puede tener cualquiera. Podéis liberarme ahora mismo y os prometo no pedir os la hoja de reclamaciones. - La paciencia de uno de los soldados llega a su límite.

- Mira, o te callas o te cosemos la boca a puñetazos.

- Ah, muy bien. Así que hemos llegado hasta este límite. Pues, señores, no me queda otra opción que presentar una queja con respecto al servicio de este lugar. Trabajadores agresivos, con un sentido de la moda completamente desfigurado y nada motivados a la hora de servir a los - El segundo guardia le asesta un fuerte golpe en el estómago y por fin interrumpe al insoportable individuo. Éste se encoje y abraza su tripa por un momento. Le han sorprendido con tal maniobra. Ellos, y todos a los que al final acaba quemando con su inagotable lengua. Sabe que toda paciencia tiene un límite, pero le divierte averiguar el aguante de los que le rodean, sobre todo cuando no tiene otra cosa que hacer que protestar. Le empujan con desprecio y cierran la puerta. - Ah, sabía que planificar el masaje justo después de comer no era buena idea. ¿Qué? Vamos, no me miréis con esa cara. Por esta vez no os lo tendré en cuenta. ¡Si queréis todavía podemos ser amigos! Escuchad... No es de buena educación dar la espalda en mitad de una conversación. ¡Eh! ¿A dónde vais? ¡Eh! - La puerta de madera se cierra de nuevo con el chirrido de las bisagras. Los engranajes del candado dan varias vueltas antes de volver al completo silencio - ¡Por lo menos decidme a qué hora es el desayuno! - Respira hondo y se apoya en los barrotes. Recupera la compostura. Después de todo, sin espectadores no hay necesidad de actuar. Su comportamiento arrogante y descarado forma parte del espectáculo. Cuanto más estúpido parece, más se confían sus adversarios. Cuanto más se confían, más ventaja tiene sobre ellos. A veces, hasta tal punto de no encontrarse defensa alguna.

- ¿Estás majara y por eso te encerraron? - Interrumpe de repente una voz de fondo.

- ¿Pero qué demonios...? - El joven se da la vuelta rápidamente y examina asustado con la mirada el interior de la oscura mazmorra. No encuentra nada. Demasiada oscuridad.

La voz que ha escuchado es quebradiza y cansada. Tras uno de los grandes salientes rocosos del suelo se alza una figura lentamente. Al caminar arrastra los pies. Parece sufrir de eterno cansancio. Su ronca respiración le precede. A medida que se acerca al joven se hace más visible. Al detenerse frente a él, la luz de la luna muestra sus rasgos por completo.

El compañero de celda es un anciano. Sus únicas prendas de vestir son unos harapos desgastados y rotos que le cubren de la cintura a las rodillas y unos vendajes alrededor de sus muñecas oscurecidos y carcomidos por el paso de los años. Su piel está sucia, manchada por la arena y la roña del interior de la prisión. Un poco más delgado y no se le podría mirar. El estado del pelo liso y largo hasta los hombros no tiene una mejor apariencia: completamente blanco y pegajoso. Su brillo no se debe a otra cosa que la grasa y el sudor acumulados semana tras semana. Su intenso perfume tiene matices de axila y pies mezclados con una fuerte base de desagradable orina.

- No tenía ni idea de que estaba acompañado. - Dice el joven mientras recupera el aliento después del susto. Me llamo Loraus.

- Ya, bueno, llevo tanto aquí que me confundo con las piedras. ¿Eso es lo que intentas decirme?

- Eh, no viejo. Lo digo en serio. Pensaba que no había nadie más aquí. - Dobla las rodillas lentamente hasta sentarse y retoma su ritmo habitual - ¿Cómo te llamas?

- Son tantos años... Ya no estoy seguro de mi nombre.

- Venga, ¿en serio? ¿Te digo mi nombre y tú no vas a decirme el tuyo?

- El anciano no contesta - Se te ha olvidado cómo presentarte. No pasa nada. Yo te ayudaré con esta ardua tarea social. Me llamo Loraus. ¿Has oído hablar de mí? Es posible que hayas oído hablar de mí. No. No parece haber oído hablar de mí. No pasa nada. No es un problema ni nada por el estilo. Es más, es un detalle sin importancia. Ahora es cuando viene lo mejor. Ahora yo digo: encantado de conocerte. Y tú me dices tu nombre, que es... - El anciano le observa en silencio - que es... - No obtiene respuesta - Bueno, da igual. ¿Es que no hay ni una sola antorcha en este antro?

Parece que la única luz que hay es la de la luna. Y no quiero ni saber qué pasa si está nublado. Si tienes que ir al servicio durante la noche, qué, ¿eh?

- ¿Servicio? - Pregunta el hombre con sarcasmo.

- Sí, el sitio donde orinas, anciano.

- Estás sentado sobre él.

- ¡¿Qué?! - Se levanta como un resorte y se sacude la parte de atrás del pantalón mientras echa un vistazo al suelo. - El que orina sobre la puerta de su prisión me pregunta si estoy majara. Esto es sorprendente. ¿En qué mundo alguien haría sus necesidades sobre la salida? Ahora el que huele a orín soy yo. Fantástico. ¿Sabes lo que cuestan unos pantalones como estos?

- Para mí no es la salida.

- ¿Qué? ¿Cómo que no es la salida? Estás delirando jovenzuelo, a mí no me engañas.

- Hace mucho que ésta fue mi entrada, pero nunca la he usado como salida. Es lo más cerca que los guardias están de mí. Así que ésta es la mejor manera de mostrarles cuánto les aprecio.

- ¿Cuánto tiempo llevas encerrado? - El viejo le mira de pies a cabeza detenidamente. - Oye, no serás un tipo raro, ¿verdad? No estoy interesado en quitarme los pantalones si es en lo que estás pensando.

- Puede que lleve más años aquí que los que tú tienes.

- ¿Cuántos?

- Hace mucho perdí la noción del tiempo.

- Venga, al menos dime una cifra aproximada.

- No sé ni en qué día estamos hoy.

- ¡Oh, vamos! No pienso estar aguantando cómo das rodeos toda la noche. Te estás haciendo de rogar. Venga, contesta. Que sé que no se te ha olvidado contar todavía.

- ¿Por qué tanta prisa?

- No es que tenga planeado estar aquí el resto de mi vida. Es más, voy a salir de aquí muy pronto. Y si no salgo yo, vendrán a sacarme. De eso estoy seguro. Mira. ¿Ves esa puerta de ahí enfrente? Por ahí vendrán los que paguen el oro necesario para sacarme de aquí. Abrirán esta otra puerta y así podré marcharme. Así que no tengo tanto tiempo como tú. ¿Ves? Parecía complicado pero no lo es tanto.

- ¿No tienes tiempo? Si hay algo de lo que realmente te hartarás aquí es de tenerlo. Tiempo. Todo el que desees. Todo el que te quede en este mundo.

- Oye. No me has escuchado bien, anciano. Pero no te lo tengo en cuenta por la cortina canosa de grasa que tapa tus oídos y la cera acumulada durante años. A ver... te digo que no estaré aquí más de dos días como mucho. ¿Así que por qué no nos llevamos bien hasta que tengamos que decirnos adiós? Estaría bien, ¿no?

- Mira, crío. Si quieres que nos llevemos bien me vas a hablar con respeto. Y otra cosa más: cuanto antes te quites de la cabeza que vas a salir de aquí, mejor. Crees que lo sabes todo y acabas de llegar... - El anciano se aleja unos pocos pasos, indignado, y dirige su mirada al pequeño ventanal.

- No sé qué habrás hecho tú, pero yo no es que haya violado el cadáver de una madre frente a sus hijos o haya resurgido y asesinado a los tres Señores del Gremio de Ladrones para convertirme en su nuevo Rey. Sinceramente, pienso que se han equivocado al encerrarme.

- Si, bueno, ¿qué es lo que hiciste para estar aquí?

- Nada.

- No, en serio. ¿Qué hiciste?

- ¿Qué sucede? ¿Mi vida personal te importa de repente? ¿Qué es lo que hiciste tú? Si puede saberse. - El hombre se da la vuelta y mira de nuevo al joven.

- Da igual lo que hiciéramos. Estamos aquí y no saldremos.

- Espera. Ahora me estás asustando de verdad. Una cosa es que insinúes que voy a estar un buen tiempo pudriéndome en esta celda y otra bien distinta es que no haya manera de salir. ¿Por qué dices eso?

- Los presos que entran en esta prisión no salen. Sin dinero que intercambiar para liberarte. Sin plan perfecto para escapar. No salen porque no se puede. Y ha sido así durante todos estos años. ¿Por qué iba a cambiar de repente? - Loraus se toma su tiempo para continuar la conversación. Por un momento parece que ha recuperado la seriedad.

- ¿Cuántos compañeros has tenido y qué sucedió con ellos?

- He tenido muchos compañeros de celda antes de que tú llegases. A algunos les llegó la hora. Algunos murieron intentando escapar y otros fueron trasladados. Al principio todos son reservados y arrogantes. Pero al final todos me aburren con sus vidas. No les culpo. Después de todo, hicieron lo correcto, pues tarde o temprano, el silencio te vuelve loco.

- No es que no me fie de ti, anciano, pero andaba trasteando con un asunto que algunas personas considerarían confidencial. No sé si me entiendes. No puedo hablarte del tema.

El anciano se da la vuelta con indiferencia y camina pausado hacia el saliente del que vino. Poco a poco, arrastrando los pies y afianzando cada paso. Se apoya en la piedra. Sus rodillas le tiemblan hasta que se recuesta. De vuelta en la oscuridad de la que provino, parece estar cómodo de nuevo. Sólo queda, una vez más, el silencio.

Es extraño. Todo este asunto parece muy extraño. Para el joven, la gente con la que suele hablar exige respuestas rápidas. Pero este hombre es distinto. Es como si su corazón latiese una vez por semana. Es posible que esté diciendo la verdad. Es posible que lleve tanto tiempo aquí que todo lo demás no le importa. Ese hombre se comporta como si estuviera completamente seguro de que después de algunos días escucharía a Loraus cantar el recital de su vida comenzando desde el día en que nació.

Ha oído hablar numerosas veces de esta prisión. Es cierto que los asesinos y los delincuentes más peligrosos son trasladados a este sitio. Pero él no ha hecho nada parecido. No pasará mucho tiempo hasta que se den cuenta de lo sucedido y le liberen. Al fin y al cabo su presencia aquí es temporal. Y todavía tiene un as en la manga. Su trabajo y su estilo de vida así lo requieren. No tardarán mucho en sacarle de aquí. De eso está seguro.

“Maldito viejo... Me habías asustado de verdad...”

Lo único que no le gusta es saber que al ser encarcelado, su misión ha sido interrumpida. Pero aún tiene tiempo de enmendarlo. Si no tardan mucho en rescatarle de aquella prisión todavía existe alguna posibilidad de continuar el trabajo. El único inconveniente es que sean capaces de enterarse de dónde está. Por un momento recuerda quién es su jefe. No puede evitar sonreír durante un instante. Da media vuelta y se apoya de nuevo sobre los barrotes de la celda.

- ¡Eh! ¿Para cuándo la cena? ¡Me muero de hambre!